

CLASES SOCIALES O LA PEREZA DE CONTAR HASTA CATORCE

Francis Korn

“ . . . siendo grandes sus imperfecciones individuales,
se agrandan aun más cuando se agrupan;
y siendo erróneos en su singularidad,
una vez juntos son el error mismo . . .”.

Thomas Browne

I

Introducción

Lichtenberg señalaba que al milpiés se lo llama así no porque tenga tantas patas sino porque la mayor parte de la gente no tiene ganas de contar hasta catorce. Esta especial forma de la pereza no se limita al caso del reconocimiento del número de patas del milpiés. La experiencia nos indica que la mente humana procede con similar desgano toda vez que las circunstancias (o el simple deseo de llenar un silencio con palabras) la obligan a clasificar lo que la rodea y a elegir un nombre para esa clasificación. Funes el memorioso, el extraordinario uruguayo del que nos cuenta Borges, quien no podía comprender que el perro visto de frente a las tres y diez era el mismo que el que veía de perfil a las tres y quince, ni tampoco concebir un nombre genérico para todas las hojas del mismo árbol, no se nos presenta como el arquetipo del ser pensante sino, más bien, como su antípoda. El órgano humano que produce conceptos y razonamientos suele ser imperfecto al menos en la impaciencia con que generaliza y en la indiferencia por establecer si la generalización enunciada identifica realmente algo. Lo curioso es que este defecto en la elaboración del pensamiento no sólo se presenta en el discurso normal de todos los días sino también, y con igual frecuencia, en el de la mayoría de los que se dedican al estudio de las sociedades, aun cuando son estas personas las que con más ahínco tratan de que su lenguaje se parezca al de los científicos.

El tema que me ocupa una vez más es el de las clases sociales.¹ Quisiera inscribirlo ahora en un área más amplia que comprenda las generalizaciones defectuosas, el hábito de crear oposiciones binarias y la compulsión a la explicación causal. Me lleva a insistir sobre estos temas el hecho de que las críticas al concepto de clase social aparecidas hasta la fecha, particularmente el magnífico libro de P. N. Furbank, *Unholy Pleasure or the Idea of Social Class*, o el no menos excelente libro de Peter Calvert (*The Concept of Social Class, An Historical Introduction*, 1982), no parecen suscitar ningún tipo de inquietud respecto del uso de esta palabra ni de otras parecidas (status socio-económico, por ejemplo).¹ Al contrario, la reacción hacia el libro de Furbank en círculos de historiadores y ensayistas, tanto de izquierda como de derecha, fue por un lado la de convenir con Furbank en que el término no tiene una definición precisa y proviene de una interminable serie de confusiones, y por el otro la de disentir con él afirmando que, de todas maneras, sigue teniendo valor para la investigación.²

Antes de aventurar una razón para comprender la persistencia de un concepto que no sirve para ningún propósito inteligente y que al menor intento de análisis resulta teóricamente innecesario y operacionalmente absurdo, trataré de resumir los modos más habituales de su uso y los desórdenes a que da lugar tanto en el lenguaje sociológico como en el ordinario.

¹ Cf. Korn, Francis, 1978: “¿Clases Sociales?”, en Korn, Francis (ed.), *Ciencias Sociales: Palabras y Conjeturas*, Buenos Aires, Sudamericana; 1984a: “Notas para una historia del concepto de Clase”, en *Estudios Públicos*, N° 13, verano 1984; 1984b: “El poder de las palabras: las clases”, en E. Gallo et al.: *Liberalismo y Sociedad*, Buenos Aires, 1985; (en col. con L. de la Torre): “La vivienda en Buenos Aires, 1887-1914”, en *Desarrollo Económico*, N° 98, vol. 25; 1988: “Housing in Buenos Aires, 1880-1914”, en Platt, D.C.M.: *Social Welfare, 1850-1950*, Macmillan.

² P. N. Furbank: *Unholy Pleasure or the Idea of Social Class*, Oxford University Press, 1985. De todas las críticas al libro de Furbank, quizá la más difícil de comprender es la de E. P. Thompson en la sección literaria del *Guardian*. Por un lado, dice estar de acuerdo con Furbank en que hay una gran confusión alrededor del término “clase” y ninguna definición precisa. También concuerda en que “clase” es, en realidad, un concepto transaccional, pero dice, sin embargo, que los historiadores no pueden hacer otra cosa más que describir los “hechos históricos de clase”.

II

De los *underclass* a Siqueiros

Comenzaremos el relato por el final. Ralf Dahrendorf, autor inteligente de una serie de trabajos sobre el tema de las desigualdades sociales y de las clases del mismo tipo, trabaja actualmente sobre las características y desventuras de grupos de personas a los que denomina genéricamente como *underclass*.³³ Cuál es la diferencia esencial con el *lumpenproletariat* que tanto despreciaba Marx, no me ha quedado claro, pero lo cierto es que con este término se refiere a toda la gente de las ciudades modernas cuya característica casi hereditaria es la desocupación y la proclividad a ocupar los márgenes en todos los órdenes de la vida. En un programa de la BBC 2 de Londres donde discutió sus puntos de vista con otros expertos, un conocido economista le preguntó si no se trataba de la gente a la que siempre se había designado con el nombre genérico de “los pobres”. La respuesta no fue clara, o yo no la recuerdo con claridad, pero la diferencia entre usar el neologismo propuesto por Dahrendorf y la palabra ordinaria sugerida por el economista no se inscribe en el marco de una pura discusión semántica sino que da lugar a concepciones muy diferentes de la sociedad humana.

Si se designa a un grupo de gente como *underclass*, se supone que lo es respecto de otros llamados “clases” y situados por encima del grupo del que se habla. El término propuesto por Dahrendorf tiene la virtud de alejar de la discusión la inquietud sobre la posible conformación de las sociedades. Sobreentiende que las clases existen y que su existencia es precisa y consensualmente aceptada. Convengamos en que esto último es cierto, pero por más consenso que haya sobre la existencia de las clases, todavía nadie, ni el propio Dahrendorf, ha logrado una definición razonable sobre el tipo de entidad de que se trata. Queda claro, sí, que para poder tratar de mejorar la situación de las personas de ese grupo al que se denomina *underclass*, se pensará cómo prepararlos para que puedan acceder a ser miembros de alguna de las supuestas clases que tienen por encima. Con un supuesto de esta naturaleza, se razona en términos de un sistema al que unos pertenecen (los que forman las clases) y otros no. Ese sistema es el que contiene el error y el responsable de que haya gente *underclass*, por lo tanto, tienen que ser los que consideran que pueden manejar ese “sistema” los que corrijan, en bien de la sociedad, o mejor dicho, en bien de los que todavía no han accedido a las clases, el error inicial.

No hay dudas de que no es Dahrendorf quien inventa el “sistema de clases” y de que esta idea anduvo por ahí mucho antes aun de que Marx apareciese, pero fue Marx quien lo inscribió con letra de molde en el mundo de las ideas.⁴ Desde entonces, ni dejó la faz de la tierra, ni dejó de modificarla. Sin necesidad de llegar a los “*underclass*”, la preocupación actual de Dahrendorf, las “clases” ocupan desde hace más de un siglo una porción importante de discursos de toda naturaleza pronunciados en las calles, en las casas, y también en los departamentos dedicados a las ciencias sociales de la mayoría de las universidades. Todos ellos se desarrollaron y siguen desarrollándose en una variedad de sociedades muy dispares entre sí. Para mostrar que en nuestra sociedad ocurre lo mismo, puedo referirme aquí a los resultados de una encuesta que hace algo más de cinco años realizamos en Buenos Aires Lidia de la Torre, Mauricio Contreras y yo. Nuestra idea era comprobar que la mayoría de los porteños aplican a la sociedad de su país este modelo clasificatorio. Entrevistamos a 254 personas no relacionadas entre sí elegidas entre los pasajeros de trenes de distintas líneas, personas que pasaban por diversas esquinas y alumnos de distintos cursos universitarios. De estas 254 personas a las que les preguntamos si creían que la Argentina estaba dividida en clases, 252 nos respondieron que sí, 250 nos dijeron que las clases eran tres, uno que eran dos y otro que sumaban cuatro. Los 252 a los que acabo de referirme dijeron que ellos se ubicaban en la clase media, el que dividió a la sociedad en dos clases (según él la de los resentidos y la de los no resentidos) se ubicó a sí mismo en la clase de los “no resentidos medios”, y la persona

³ Ralf Dahrendorf: *The Underclass and the Future of Britain*, St. George's House, Windsor Castle, Tenth Annual Lecture, 1987.

Quizá el más interesante de los trabajos de Ralf Dahrendorf sobre problemas de estratificación y desigualdades sociales sea “*On the origin of inequality among men*” (en André Béteille: *Social Inequality*, 1969) y el más discutible sea el que se encuentra publicado en el mismo volumen: “Charges in the class structure of industrial societies”.

⁴ Toda persona que se haya dedicado a buscar la definición de “clase social” en los escritos de Marx, sabe que no hay en ellos una definición precisa, que el número y criterios que utiliza para determinarlas varían según la obra y aun dentro de un mismo volumen. Baste como ejemplo considerar lo que Marx dice en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, donde hay varias clases además de una serie de “burguesías” diferentes, lo que dice en el *Manifiesto Comunista*, y lo que comienza a decir, finalmente, en el último capítulo inconcluso de *El Capital*. En esta última obra enumera tres clases que no son otras que las que Adam Smith señala en *La Riqueza de las Naciones*.

que dividió a la sociedad en cuatro clases (la “alta”, la “media alta”, la “media baja” y la “baja”) tuvo dificultades para determinar a cuál de las dos clases medias pertenecía.

De modo que el primer resultado de esta encuesta porteña es que casi el 100 % de los entrevistados dividió a la sociedad en tres o en algo que a la postre llevaba a tres, y que todos los que así la dividieron se ubicaron en el medio. Otro resultado interesante fue que al preguntárseles a quiénes ubicarían en las otras dos categorías, la enorme mayoría nombró personas de carne y hueso (Amalia Fortabat, Borges, Martínez de Hoz, Monzón) para la “clase alta” y sustantivos colectivos del tipo de “el proletariado”, o plurales como “los obreros”, “los trabajadores” o “los desposeídos” para la “clase baja” (uno de los encuestados incluyó aquí, sin embargo, a Monzón). Como si la “clase alta” pudiese ser representada por la fotografía de una persona y la “baja” (salvo el caso de la persona que identificó a Monzón para ese conjunto) por un mural azteca pintado por Orozco o por Siqueiros.

III

De una encuesta a otra encuesta

Nuestra encuesta nos llevó a la convicción de que toda persona conoce a por lo menos otra a la que admira o envidia y a por lo menos una a la que mira desde arriba, de modo que le resulta evidente que él o ella está indiscutiblemente en el medio. Quedaría todavía por resolver por qué a aquellos que sitúa por encima y por debajo los agrupa con otros a los que no conoce y llama a esos conjuntos “clases”. También merecería una respuesta el hecho de que identifique a los de arriba con personas cuyas fotos aparecen en los periódicos y a los de abajo con abstracciones predilectas del realismo más ostentoso. Me ocuparé de este último tema un poco más adelante para tratar de encontrar aquí las semejanzas y diferencias de los esquemas de nuestros entrevistados con los supuestos con los que trabajan los sociólogos, Dahrendorf con los “*underclass*” y gran parte de los que se ocupan de una manera u otra de aquello llamado “estructura social”.

En la mayoría de los trabajos empíricos de sociólogos, historiadores, antropólogos, algunos economistas, y otras personas que sienten la necesidad de “medir” de alguna manera la “estructura social”, se agrupa generalmente a los encuestados o personas por estudiar en tres o más categorías, el número total de las cuales depende del criterio que utiliza el investigador. Entre los sociólogos empíricos y los analistas de opinión pública es bastante frecuente que se divida a las muestras de población en siete, no porque sea éste un número bíblico, sino porque coincide con alguna teoría según la cual una buena división es la que agrupa según los rubros “clase alta”, “media alta”, “media media”, “media baja”, “baja alta”, “baja media” y “baja baja”. Pero lo cierto es que las divisiones con las que trabaja un analista no parecen depender tanto de cómo cree que se divide toda la población sino del punto en particular que le importa demostrar con su estudio. Así es que, por ejemplo, en una encuesta de opiniones políticas en las que un investigador quería señalar que el error del Partido Peronista en las elecciones presidenciales de 1983 que ganó Alfonsín, fue dedicarse a lo que él llama “los bajos no estructurados marginales” pero no a “los bajos estructurados”, la “sociedad” fue dividida en cinco, a saber: “altos”, “medios altos”, “medios medios”, “bajos estructurados” y “bajos no estructurados marginales”.⁵ Esas cinco divisiones fueron llevadas a cuatro juntando en una sola las dos primeras.

Ahora bien, varias preguntas caben: 1) si la sociedad está dividida en grupos discretos a los que se llama “clases”, ¿cómo puede ser que cada investigador la divida de una manera diferente?; 2) estos grupos con los que los investigadores clasifican a la población y denominan “status socio-económico” o algo parecido, ¿representan a las “clases sociales” o son entidades totalmente diferentes?; 3) ¿qué resultados se deben obtener en una encuesta para decidir que las “clases sociales” o divisiones de una especie parecida realmente existen?

IV

De progresiones satisfactorias

⁵ Catterberg, Edgardo Raúl, 1985: “Las elecciones del 30 de octubre de 1983, el surgimiento de una nueva convergencia electoral”, Desarrollo Económico, v. 25, N° 98.

Vayamos por partes. A la primera pregunta: si las clases existen en la realidad, ¿cómo puede ser que distintos investigadores dividan a la sociedad en diferente número de categorías?, contestaremos inmediatamente que si alguno estuviese en lo cierto, los demás debieran estar equivocados, o que quizá todos estén equivocados por igual porque todavía nadie ha dado con la división empírica que se corresponde con la idea platónica de las clases sociales. Si se nos dice que nuestra respuesta no es correcta porque, si bien las clases sociales existen, se trata de entidades que en las sociedades complejas da mucho trabajo identificar, volveremos a contestar que si son tan esquivas a la definición ¿cómo es posible que alguien trate de “medirlas”?

En cuanto a la correspondencia ontológica de las clases sociales con sus supuestos representantes en la tierra, los grupos de diferentes “status socio-económicos”, convengamos en que la idea de estos últimos salió de la idea de las clases y que como tampoco tienen una definición, salvo la que surge de la manera en que se los mide, no podemos racionalmente establecer -entre los dos conceptos ninguna diferencia radical. Si se divide a poblaciones según grupos de diferentes “status socio-económicos” suponemos que se lo hace porque se cree que esa división va a iluminar sobre diferencias básicas de comportamiento, actitudes, opiniones, etcétera, de los distintos grupos, y entonces se trata a estos grupos con la misma fuerza causal con que, en teoría, se considera a las “clases”.

La respuesta a la tercera pregunta sobre cuál debe ser la evidencia empírica que nos dice que aquello que estamos midiendo son realmente los grupos sociales bien diferenciados que podemos llamar “clases”, merece un ejemplo. En el trabajo al que nos referimos más arriba sobre la incapacidad del peronismo para impresionar a “los bajos estructurados”, se da como evidencia final de las diferentes posturas de los distintos grupos socio-económicos respecto de los candidatos a presidente el siguiente cuadro:

	Altos y medios altos	Medios medios	Bajos estructurados	Bajos no estructurados
Alfonsín	71	67	53	41
Luder	20	25	38	56

Estos resultados llevaron al autor de este trabajo a la convicción de que todas sus sospechas eran ciertas: a medida que se descendía en la “escala de status” se votaba menos y menos por Alfonsín. Por otra parte, quedaba claro que los “bajos estructurados” no habían sido alcanzados por la propaganda peronista de la misma forma que los “no estructurados”. Con todo lo cual dicho teorema quedaba demostrado por la fuerza misma de la empiria.

Caben cantidad de reflexiones que enturbiarían la claridad del razonamiento anterior. Dejando de lado por qué y cómo el investigador llegó a los grupos en los que trata de medir el efecto de la “propaganda peronista”, ¿qué es lo que demuestran realmente esos 53 % de “bajos estructurados” y 41 % de “no estructurados” que dicen haber votado por Alfonsín y tanto satisfacen al autor del trabajo? Dicen, en realidad, si se sigue el razonamiento del autor del trabajo, que de los 700 sujetos que él clasificó como “bajos estructurados”, un poquito más de la mitad no fue afectado por la propaganda peronista y votó por Alfonsín y que le quedan todavía 266 de esa misma gente a los que les pasó todo lo contrario, es decir, les pasó lo mismo que a los 392 “no estructurados” (el 56% de la última columna) que votaron a los peronistas. Si el investigador se encontrase por la calle con un “bajo estructurado” que votó por los peronistas o con un “no estructurado” que votó por Alfonsín, ¿qué les diría? ¿Que están equivocados? ¿Que lo que hicieron no se corresponde con lo que debieran hacer? Si dejamos esta parte del cuadro y nos corremos a la primera columna que inicia con tanta fuerza la progresión descendente de los votos por Alfonsín, podríamos preguntar por qué se agruparon los llamados “altos” con los “medios altos”. ¿Sería porque quizá por separado no iniciaban una tan bonita progresión? No lo sabemos porque no contamos con los datos iniciales, pero lo que sigue se aplica a cualesquiera fueran los resultados obtenidos.

Aun cuando las progresiones ascendentes o descendentes de los datos ordenados según “grupos de status” se presenten del modo que al investigador le produce honda satisfacción, aun así, todavía nada crucial ni interesante se ha logrado comprobar respecto de la categorización de la sociedad en grupos y las inclinaciones de esos grupos. Para hacer la prueba basta considerar una sola de las columnas del cuadro obtenido. En el caso de nuestro ejemplo, está claro que los porcentajes para los “bajos no estructurados” sólo demuestran que hay aproximadamente la misma cantidad de gente

categorizada así que fue influida y no fue influida por la propaganda Peronista. En la columna anterior, la de los 14 estructurados”, pasa más o menos lo mismo: algo más de la mitad “no fue afectada”, y casi el 40% fue tan afectado como la mitad afectada de la columna de al lado. Evidentemente no son ni la “estructuración” ni la falta de ella las que afectan a la recepción de la propaganda, y esta conclusión sería válida aun cuando la diferencia entre los “afectados” y “no afectados” fuera mayor. Si hay “afectados” en todos los grupos, es claro que no es nada que tenga que ver intrínsecamente con esos grupos lo que hace a la recepción de la propaganda. Seguramente porque aquello que el investigador está tratando como si fuesen “grupos” no lo son.⁶

V

Detrás de la medición

Para saber con qué tipo de grupos humanos se está tratando y si éstos tienen alguna relevancia teórica, conviene siempre revisar los criterios de acuerdo a los cuales se armaron esos grupos. No hay dudas de que si se trabaja con muestras al azar de una población y se clasifica a las personas en la muestra según los puntajes que recibieron en escalas como las de “ingresos”, “ocupación” y “grado de educación”, los grupos que se obtienen son agregados donde el denominador común de sus integrantes resulta generalmente de una suma de esos puntajes y una división por la cantidad de escalas utilizadas.⁷ ¿Qué significan esos agregados? Para el investigador, una vez que esos grupos quedan armados, significan los grupos lógicos según los cuales es natural clasificar a la población. Si es así, es porque los grupos están armados según características de peso diferenciales que harán que todo otro atributo que se mida en la población así clasificada se distribuya también diferencialmente de acuerdo a esa clasificación. Si eso es lo que se espera (y si no es eso no se entiende para qué se arman esos grupos), entonces la hipótesis detrás de todo este procedimiento es una hipótesis causal: hay ciertas características que asemejan a personas entre sí y las diferencian de otras; estas semejanzas y diferencias suponen otras distribuidas de la misma manera. Si eso se espera es porque o las características según las cuales se clasificó a la gente son las que tienen que ver con la producción diferencial de las otras, o porque existe fuera de ellas otro factor o factores que las produce a todas ellas.

Esas características, que se consideran fundamentales en la producción de otras, están resumidas en un número índice producto de la suma del número que indica los ingresos mensuales, el número que indica el tipo de ocupación y el número que indica el grado de educación, dividida por tres. ¿Puede alguien en su sano juicio y con toda honestidad sostener que un compuesto de esa naturaleza pueda ser la causa eficiente de algo? Supongamos que alguien que gana u\$s 500 por mes, trabaja en la gerencia de un banco y se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires nos dice que prefiere votar por Alfonsín antes que por Luder., ¿podemos por un segundo pensar que son esas tres circunstancias las que lo han llevado a pensar así? Ahora supongamos que una persona con esas mismas características nos dice que prefiere otro candidato, ¿qué hacemos con la cadena causal? Si, por otro lado, nos encontramos (y sin dudas nos va a pasar) con otra persona que recibe u\$s 3.000 por mes, no trabaja y no completó sus estudios secundarios, la suma de todos esos indicadores dividida por tres nos da un número que lo hace caer en la misma categoría que el primero, y también dice que prefiere a Alfonsín, ¿lo lleva a eso la misma causa que al primero? ¿Puede ser que esos números índice sean tan poderosos o es que existe un registro en alguna oficina celestial que conjuga pares de números atribuidos a las personas y produce correlaciones mágicas?

El secreto está en otra parte. Ningún índice puede ser la causa de nada, decía Hayek, y es tan obvio que es así que casi no dan ganas de discutir más el problema. Digamos, en todo caso, que mal puede ser causa eficiente de algo un índice que esconde tras de sí una serie de operaciones provenientes de puntajes en escalas de construcción defectuosa, difícil conceptualización y diferente estructura respecto de la medición. Menos aun cuando no se sabe a ciencia cierta por qué esas escalas estarían midiendo lo que se supone que miden.

VI

⁶ CL P. N. Furbank, op. cit., capítulo 5.

⁷ Para una discusión más detallada de la medición del “status socioeconómico” y los problemas inherentes a esa medición, cf. Korn, Francis, 1978, y 1984b.

La pereza de contar hasta catorce

Volvamos hacia atrás: ¿cuál es el problema? La mayoría de la gente que conocemos en nuestro país y en otros, clasifica a su “sociedad” según algo que llama “clases sociales”. Lo más corriente es que diga que las “clases” son tres y que se ubique a sí mismo en el medio. En nuestra experiencia, la mayor parte de las personas a las que entrevistamos, identifica a los de “arriba” con algún personaje que aparece frecuentemente en las noticias y a los de “abajo” con una abstracción que recuerda a los murales del realismo socialista.

La mayor parte de los sociólogos, analistas de mercado, economistas, cientistas políticos, psicólogos, y un gran número de los antropólogos e historiadores, trata a las poblaciones que estudia de manera parecida y, muchas veces, crea índices para medir a estas divisiones.

¿Por qué sucede todo esto si no hay evidencia alguna de que esas poblaciones se dividan así, y si ese “así” ni siquiera ha podido jamás ser definido con precisión? Hace muchos años que trato de buscar una respuesta a esta pregunta. Ni siquiera el magnífico libro de Furbank, que describe con tanta inteligencia el problema, llega a una conclusión sobre por qué se produce. La razón para que la respuesta sea tan difícil de encontrar quizá tenga que ver con aquello que Jackson Bates decía al iniciar un capítulo donde también tenía que dar una respuesta: “si insisto sobre lo obvio, quizá sea porque lo obvio se olvida tan a menudo”. Y quizá también sea porque las respuestas sencillas a problemas que parecen complicados, resultan embarazosas.

El problema quizá sea algo tan básico como el hecho de que la mente humana no puede parar de generalizar y relacionar causalmente y el de que la utilidad, bondad y precisión tanto de las generalizaciones como de las relaciones causales dependen no sólo de la inteligencia sino también y fundamentalmente de la cantidad de conocimiento que se tiene de aquello que se generaliza y se relaciona causalmente. El primer misterio por desentrañar es el de cuál es la naturaleza de la generalización. En este punto, como en tantos otros de la misma índole, parece ineludible volver a Hume, quien inicia su disertación sobre las “ideas abstractas” diciendo que uno de los descubrimientos más valiosos que se hicieron “*in the last years in the republic of letters*”, fue el de Berkeley sobre la naturaleza de las ideas generales, las cuales no son otra cosa que “ideas particulares anexadas a un cierto término que les confiere un significado más extenso, y en ocasiones incluyen a otros individuos que les resultan similares”.⁸

El párrafo de Hume indica un camino bastante claro para llegar a explicar por qué nuestros entrevistados nombraban a personas importantes cuando se les preguntaba a quién ubicarían en la “clase alta”. Siendo relativamente pocas las personas que cada uno considera importantes, y partiendo la categoría entera de algunos ejemplos, basta con nombrar algunas de las gentes cuyas fotos aparecen en los periódicos. El resto del conjunto se llena fácilmente con otros parecidos a ellos. La categoría inferior, en cambio, está evidentemente compuesta por mucha gente que como no sale con sus fotografías en los periódicos, es sólo identificable con un sustantivo común. Para cada uno que la trate de imaginar habrá un ejemplo conocido con nombre propio, pero como no es una persona “conocida”, se pensará en ésa y en “todos los que se le parezcan o están en la misma condición”.

Parecería entonces que el procedimiento mental por el cual se llega a la existencia de las tres “clases” es el de 1) dividir la abstracción llamada “sociedad” en subdivisiones llamadas “clases”; 2) ubicar a la gente a la que se le reconoce como poseyendo más en la de arriba y a la que se supone teniendo menos en la de abajo. El clasificador y los que considera sus pares quedan, lógicamente, en el medio. La primera parte de la operación derivaría de una natural compulsión humana a clasificar todo, aun las abstracciones imprecisas, y el nombre que se le da a las subdivisiones procedería del hecho de que el clasificador oyó muchas veces que “las sociedades están divididas en clases”. Como nadie, ni un cuerpo legislativo ni una autoridad de igual peso, jamás ha definido ni teórica ni operacionalmente al término “clase”, se lo aplica por simple imitación, quizá con el razonamiento implícito que indica que “sí todo se divide, la sociedad también se dividirá, y las divisiones resultantes deben ser aquello a lo que se llama clases sociales”. La segunda operación, la de dividir en tres, procede seguramente de la muy normal de clasificar en dos. Se coloca arriba a los que tienen más que uno y abajo a los que tienen menos. El que lo hace no puede dejar de considerarse en el medio y entonces crea esa categoría residual donde caerán todos los que, además de él, no estén ni por encima ni por debajo. Habiendo llegado a un esquema tan satisfactorio, pocos

⁸ Hume, David: *A Treatise of Human Nature*, 1888, p. 17.

se sienten inclinados a revisar y, en todo caso, reconsiderar, las imperfecciones e incoherencias que saltan a la vista. Es un ejemplo preclaro de la pereza de contar hasta catorce y lo que lo vuelve casi universal es que, además, coincide con grandes teorías enunciadas desde hace casi dos siglos por autoridades indiscutibles.

VII

Causas y autoridad

Marx, por ejemplo. No importa aquí demasiado que la teoría marxista de las clases sea tan difícil de desentrañar (un excelente resumen de las distintas concepciones de “clase social” en la obra de Marx y de las incoherencias que surgen en sus diferentes escritos, se encuentra en el capítulo tercero del citado libro de Furbank). Lo que creo que interesa es que a partir de la fama que adquiere Marx en toda discusión política o económica, de la frecuencia con que se lo cita para apoyar cualquier razonamiento, su nombre y lo que todo el mundo supone que ha dicho se convierten en criterio de autoridad. Sabemos de la poca inclinación que existe hacia la lectura minuciosa (es una instancia como tantas otras de la pereza de contar hasta catorce) y sabemos que cuando alguien o algo es muy nombrado comienza a convertirse en incuestionable. El supuesto de que un autor tan importante como Marx dijo que existen las clases, que esas clases son tres y que todo conflicto se explica por la mera existencia de esas tres clases, hizo que muy pocos sintiesen la necesidad de revisar si ese supuesto tan cómodo para la explicación tiene algún sentido. Lo atractivo del esquema es, además, que ofrece un marco también cómodo para ubicar causas y efectos, y siendo esta última otra compulsión de la mente humana (al punto que Lichtenberg dijese que el hombre es el animal buscador de causas), todo está preparado para su consumo inmediato.

No es que la teoría de las tres clases no existiese antes de Marx y contemporáneamente a él en otros autores. En realidad, de alguna u otra manera, parece haber existido siempre: Aristóteles habla de tres clases, Adam Smith lo hace (de una manera que Marx casi parece copiar en el último capítulo de *El Capital*), y también está en los escritos de los socialistas franceses contemporáneos de Marx y confundido con los *Stände* germanos en autores alemanes. Pero es con Marx que adquiere status de “teoría” y deja de ser un esquema descriptivo para convertirse en “explicación”.

Lo curioso es que, a partir de cierto momento imposible de precisar, ya no hizo falta ser marxista para estar convencido de que ese esquema funcionaba. No sólo la palabra “clase” sino el esquema completo de las tres clases y su potencia causal se escaparon de su curso original y pasaron a formar parte del modelo básico de sociedad sostenido por millones de personas, no necesariamente como un ideal, sino como una realidad ineludible. No creo que haya una explicación diferente para dar cuenta del éxito de todo el esquema entre los sociólogos profesionales y los académicos que se dedican al estudio del pasado, presente o futuro de las sociedades humanas.

Por si faltaba algún ingrediente para hacerlo completamente compatible con todas las modas teóricas de su tiempo, Marx y Engels, pero sobre todo Engels (en *El origen de la familia, la sociedad y el estado*), vuelven al esquema de las clases una etapa en la “cadena del devenir” (*chain of being*) de las sociedades. Desde entonces, las “clases” son la formación inherente a los regímenes capitalistas, así como lo fueron antes, y en orden, los *Stände* para las sociedades feudales, las castas para sociedades en un grado de desarrollo aun inferior, las tribus antes aun y las hordas en el principio de la civilización. Cumplido este paso y ubicadas en su lugar en el tiempo, las clases se convierten en una “realidad” tan evidente como una cadena montañosa.

VIII

Weber y un oscuro manuscrito

Ya me he ocupado en otro trabajo⁹ de la incoherencia del esquema de esta cadena del devenir por la cual se supone que toda sociedad pasa necesariamente por una serie de estadios en cada uno de los cuales encontramos una formación social determinada. Creo que esta línea de pensamiento iniciada por Engels fue definitivamente transmitida a la sociología académica por Ferdinand Tönnies¹⁰ y

⁹ Korn, Francis, 1984 a.

¹⁰ Tönnies, Ferdinand, 1953: “Estates and Classes”, en Bendix, R. y Lipset, S. M.: *Class, Status and Power: A Reader in Social Stratification*, The Free Press, pp. 49-62.

expresada en todas sus formas posibles aun en obras de autores tan importantes y a veces tan lúcidos como Daniel Bell.¹¹ Desmentido absolutamente por la etnografía de sociedades pasadas y presentes, refutado empíricamente en cada una de sus modalidades y lógicamente en su versión teórica completa, éste es un esquema de tanta popularidad intelectual como el del estudio de la estructura social que supone a las poblaciones divididas en grupos de “status socio-económicos” determinados por un índice. Rastrear las respectivas historias de estas dos modas es quizá menos importante hoy día que tratar de desterrarlas del pensamiento sobre la humanidad. Pero rastreando su historia creo que se encuentran instancias donde el error parece haber nacido y que, sin embargo, contienen también el principio de la enmienda.

En el párrafo anterior me estaba refiriendo mentalmente a Weber y al contenido, oscuro por cierto, de algunos capítulos de su libro póstumo: *Economía y Sociedad*, publicado desgraciadamente sobre la base de manuscritos que no tuvo tiempo de corregir. El problema con esta obra de Weber es que cada versión del capítulo traducido al castellano como “Clases y Estamentos”, difiere de las otras hasta el punto en que es difícil saber cuál de las versiones expresa el verdadero pensamiento del autor. La versión en idioma inglés traducida e interpretada por H. H. Gerth y C. Wright Mills,¹² es decididamente la más coherente, pero es difícil llegar a la decisión sobre si es la que mejor expresa lo que Weber quiso decir. En todo caso, lo que es absolutamente cierto es que es este escrito el que más ha influido en el tratamiento de los términos “Status”, “Klass” y “Stand” y sus dudosos correlativos ingleses, franceses, españoles y de otros idiomas. No es mi intención aquí volver a tratar el texto de Weber para descifrar qué es lo que realmente quiso decir. Sólo quisiera señalar que es de ese intrincado escrito de donde parte la idea de que lo que hay que medir son los grupos de “status” y que esos grupos se diferencian por ciertos indicadores que es posible llegar a interpretar empíricamente. Creo que lo único que sería interesante anotar aquí, al respecto, es que de la lectura de Weber jamás surge una indicación de que los ingresos mensuales, el tipo de ocupación y la educación alcanzada (indicadores nominalmente usados por sociólogos para clasificar según “status socio-económico”) sirvan para “medir” el “Status”. Surge claro de esa lectura, en cambio, que para Weber existen por un lado los grupos de “status” y por el otro las “clases”, que esas clases tienen que ver con la “propiedad” y que lo que llama “situación de clase” de un individuo tiene que ver con aquello que llama “situación del mercado” y que esta última es tan variable como el mercado mismo. No sólo es casi imposible interpretar exactamente qué es lo que Weber quiso decir en este texto, sino, más aun, imposible también establecer a partir de allí algún camino empírico para buscar alguna agrupación humana con sentido.

Sin embargo, quizá lo único rescatable dentro de la oscuridad, es que, fuera lo que fuese lo que se está buscando, ese algo es variable de acuerdo con la situación real, histórica, que atraviesa el grupo humano al que se quiere clasificar. Si la intención de Weber fue poner en este aspecto algún acento, entonces es sólo eso lo que realmente merece atención.

IX

¿Qué hacer?

Claro que si se deja a los sociólogos y colegas cercanos sin las “clases” y sin los grupos de “status socio-económico”, se siente que hay que reparar esta orfandad ofreciendo algo en cambio. Lo que parecen sentir muchos de los profesionales de estas áreas es que si se abandonan esas dos ideas, nada queda por hacer. La razón para sentirse tan desprotegidos tiene que ver con lo que decía Hayek sobre el éxito y el error: “nunca penetrará el hombre más profundamente en el error que cuando persista en un camino que lo ha guiado a un gran éxito”. Abandonar un éxito es ciertamente devastador y, aunque erróneo, el camino de las “clases” fue, sin dudas, todo un éxito. Pero creo que con apenas un poco de paciencia es posible llegar a encontrar otros caminos para la investigación, menos atractivos quizá, pero mucho más comprensibles y seguramente más útiles.

La mayor fuente de confusiones para la formación de conceptos sociológicos surge posiblemente del hecho incontrovertible de que el hombre es un animal social. El que no pueda vivir más que en la compañía de otros hombres, empaña la noción también cierta y útil de que por ser cada hombre único, la unidad social indivisible es el individuo humano. Es posible, por supuesto, crear otras unidades conceptuales, pero lo que interesa en esos casos es que se determine muy bien qué tipo de

¹¹ Bell, Daniel, 1980: *The Winding Passage: Essays and Sociological Journeys 1960-80*, Mass., ABT Books, pp. XVII y XVIII.

¹² Weber, Max, 1946: *Essays in Sociology* traducido por H. H. Gerth y C. Wright MWs, pp. 180-195.

unidades son. Uno de los aspectos que más importan en la creación de estas unidades es especificar el criterio según el cual se las concibe: son categorías estadísticas por medio de las cuales un investigador clasifica en grupos abstractos a una población, o son categorías que representan a personas que efectivamente están unidas por algún tipo de asociación. Así, para volver a algo que comentábamos al comienzo de este artículo, si Dahrendorf está preocupado por la suerte de una serie de individuos cuyas oportunidades de mejorar su condición social son magras en Londres, sería muchísimo más útil que en vez de llamarlos colectivamente *underclass*, nombre con el cual induce al supuesto de que forman un grupo real ubicado por debajo de otros también reales y ordenados en una escala inevitable, los llamara con un nombre más específico. Con un término como el de *underclass*, induce también a la creencia de que esa gente a la que denomina colectivamente así pasa por las mismas vicisitudes en Londres, en cualquier otra localidad del Reino Unido y en general en la Tierra.

¿Por qué, si para Marx, para Weber y para casi todos los que quieren analizar sociedades, el centro del problema es casi siempre un conflicto perfectamente identificable, no se comienza por identificar bien a ese conflicto y a partir de allí se deja en claro cuáles son las partes? ¿Por qué se prefiere hablar de algo tan informe como “las clases medias” y no en cambio de algo tan real y sufriente como “los usuarios de Entel vs. los del sindicato de los telefónicos”, o de quienquiera que sea que está ubicado en un extremo de un conflicto y quienquiera que sea que se ubica en el otro?

Daniel Bell, cuando enuncia su propia “cadena del devenir”¹³, dice que las “clases” fueron importantes entre 1750 y 1950. A partir de esta última fecha y con el advenimiento de las sociedades dirigidas por el estado, las “clases” pierden importancia y pasan a ser reemplazadas por lo que él llama “nuevos estamentos”. En este último rubro se inscriben los sindicatos, las corporaciones, las asociaciones profesionales y todo tipo de agrupación que brega por conseguir privilegios para sus asociados. Si bien toda la idea de la “cadena del devenir” (con sus estadios por los que pasan las sociedades y las formaciones sociales que surgen en cada uno de estos estadios) es absurda, esta última parte del esquema de Bell es la única en la que el autor parece estar pensando en algo que tiene que ver con las desigualdades sociales. Si las “clases” son entidades abstractas, reacias a ser definidas con precisión y se refieren a algo que es ajeno a la voluntad de los hombres, los “nuevos estamentos” son reales, susceptibles de ser estudiados y hasta pasibles de que se les endilgue ser la causa de conflictos y diferencias. Es evidente que un sindicato o una asociación profesional es una entidad real, con una carta de intenciones y cuyo fin manifiesto es el de defender los intereses de sus asociados. Es evidente también que como agrupaciones pueden ser identificadas, sus acciones pueden ser estudiadas y sus dirigentes también identificados y estudiados. Lo inaudito es que alguien pueda pensar que como unidades de análisis pueden ser una instancia que integra una progresión donde también se coloca a las “clases sociales”. En este sentido, las formaciones sociales que constituyen esta famosa “cadena del devenir”, e. g.: “hordas primitivas”, “clanes”, “castas”, “estamentos”, “clases” y “nuevos estamentos”, se parecen mucho a la clasificación que, según Borges, Wilkins propuso para las piedras: comunes, módicas, preciosas, transparentes y solubles.

Contra la declaración de E. P. Thompson, entonces, según la cual un historiador no puede hacer otra cosa más que “describir hechos históricos de clase” (cf. nota 2 de este trabajo), se puede argumentar que tanto el historiador como el sociólogo pueden perfectamente tratar de describir bien a la gente que quieren estudiar, y que si así lo hacen, nunca les hará falta un nombre impreciso cuya definición es ambigua para identificarla. Describir bien es el paso necesario para generalizar con sentido. Cuanto más se parezca la mente del analista a la de Funes, menos probabilidades tendrá, cuando generalice, de parecerse a la de Bustos Domecq, quien en su artículo “El Gremialista” nos dice: “El género humano [...] consta, malgrado las diferencias climáticas y políticas, de un sinfín de sociedades secretas, cuyos afiliados no se conocen, cambiando en todo momento de status. Unas duran más que otras; *verbigracia*, la de los individuos que lucen apellido catalán o que empieza con G. Otras presto se esfuman, *verbigracia*, la de todos quienes ahora, en el Brasil, o en el África, aspiran el olor de un jazmín o leen, más aplicados, un boleto de micro [...] nosotros mismos, que pugnamos por mantener bien alta una equidistancia neutral, hemos pertenecido esta tarde a la cofradía de los que suben al ascensor y, minutos más luego, a la de quienes bajan al subsuelo, o quedan atrancados con claustrofobia entre bonetería y menaje. El mínimo gesto, encender un fósforo o apagarlo, nos expele de un grupo y nos alberga en otro”.

¹³ Bell, Daniel, 1980, op. cit., p. XVII.